

Huérfanos del viento

Ferreira de Júdice

El día que perdimos a mi madre, explicó papá, hacía tanto viento que llovían paraguas. Los padres, dijo, amarraron a sus hijos menores de seis años a las farolas con una bolsa de arena atada a cada pierna, los hosteleros recogieron de las terrazas las mesas, los parasoles y los manteles, y las personas mayores se encerraron en sus casas para que el levante no se llevara sus sombreros y sus prótesis.

Mis padres habían ido al mercado, a comprar un botillo que andaba queriendo cocinar mamá desde hacía tiempo y, al doblar una esquina, contó papá, se la arrebató de la mano una ráfaga brutal que la elevó unos palmos del suelo. Que flotó un instante, dijo, y que antes de que pudiera agarrarla el aire la izó varios metros sobre su cabeza y la alejó hasta que se perdió por la línea del horizonte; lejos, lejos, muy lejos, más allá de donde Marruecos levanta sus últimas cordilleras antes de meterse en este mar ventoso que se lleva a las madres. Papá, dijo, se agarró a un banco cercano, se amarró con el cinturón a sus travesaños de forja, se ajustó las gafas, que acabaron desbaratadas por la sorpresa y los trajines del infortunio, y miró al cielo durante un rato, a ver si el viento le devolvía a mamá. Cuando amainó y el torbellino se convirtió en una ligera brisa que apenas sacudía las florecillas de los jardines y los hosteleros volvían de su siesta forzada, miró su reloj, se apoyó en un contramuro, se tocó para comprobar que no le faltaba nada más y volvió a casa, resignado y mustio.

Ese mismo día nos reunió a mis cuatro hermanos y a mí en torno a la mesa vacía y nos dijo que a mamá se la había llevado el viento. Asun, la más pequeña —cuatro años tenía entonces— preguntó si tardaría mucho en volver y papá se encogió de hombros; que no sabía, dijo, que el viento rara vez devuelve las cosas que se lleva, pero que había que mantener la esperanza. Derramó una lágrima seca sobre el mantel, se acercó a abrazarnos y luego se encerró en el dormitorio conyugal para no salir de él en cuatro meses y dos días.

A mis hermanos y a mí vino a cuidarnos temporalmente una tía de Bembibre, hermana viuda de papá, que hablaba muy mal y a gritos y que cuando le mentábamos al viento traicionero que se llevó a mamá sacudía la cabeza y mascullaba.

—Sí, —decía —el viento... ¡los cojones el viento! —y seguía con las tareas como si nada.

Además de mal hablada, mi tía era una mujer de buen corazón, que utilizaba palabras fuertes para disimular su debilidad. Pero lo que de verdad nos tranquilizaba

más que cualquier otra cosa es que era una mujer oronda, que no hubiera sucumbido nunca a los rigores volanderos del levante, pues su masa se aferraba a la tierra por culpa de la gravedad y sus cien quilos de forma heroica y obstinada. Según oí a mi madre decir un día, se había quedado para vestir santos después de enviudar, muy joven, de un sargento de la Guardia Civil muerto en acto de servicio en una carretera de León. Tan joven enviudó que al sargento no le dio tiempo de ponerle la semillita que, según mi padre, hacía falta para que en el vientre de las mujeres granara esa flor con miembros y apéndices que son los bebés cuando nacen. Y se quedó para vestir santos, que es una expresión que ni mis hermanos ni yo entendíamos, pues los santos que conocíamos en el pueblo eran santos que ya venían arreglados de la casa del imaginero, con vestiduras de cedro policromado, sin vuelo y con los pliegues justos para que no perdieran la sobriedad de su condición de mártir. Lo cierto es que, según supe más tarde, después de la muerte brutal del sargento afloró en ella una vocación de madre no satisfecha que la llevó a convertir su enormísimo piso de León en una pensión para estudiantes. Seis años le duró a mi tía su emprendimiento hostelero, pues después de acoger a los muchachos con inspiración de madre, de hacerles botillos y guisos con sabor a hogar, de tomarse fotos con ellos con sus orlas y sus diplomas y de desvivirse por sus salidas nocturnas, no soportaba la idea de separarse de ellos; se le abría el corazón cada vez que partían hacia los brazos de sus madres verdaderas en época de vacaciones o, lo que era peor, para siempre cuando acababan sus estudios. Todos prometían volver o escribirle cada mes, pero no se supo de ninguno que cumpliera su promesa y mi tía hubo de clausurar su negocio pues aquello de las partidas temporales era para ella como perder nueve hijos cada trimestre.

El día que papá salió del dormitorio, con su barba larga y su mirada ahuecada por el desconsuelo, la llevó a la cocina y le dijo Concepción, tú ya sabías que esto no era para siempre, le puso un beso en cada mejilla, le dio las gracias y le bajó sus maletas del altillo. A ella se le cayeron dos lagrimones como cristales de lámpara antigua y se sonó los mocos con las vueltas del mandil, resignada otra vez a sufrir su vocación frustrada de madre y a recordar a sus estudiantes perdidos en la neblina del tiempo y la deslealtad.

—No te preocupes, tita, —le dijimos mis hermanos y yo —te escribiremos todos los meses y te mandaremos fotos.

Papá parecía un náufrago, con sus pelos desordenados por la cara y la mirada perdida en la isla desierta de su cama. Tenía en los andares la inercia del que viene muerto de la vida y si se sacudió la modorra de cuatro meses y dos días y la desgana es porque en una de sus duermevelas se acordó de una novia antigua que había dejado a poco de conocer a mi madre y con la que le quedaba alguna asignatura pendiente. Ahora o nunca, Roque, se dijo, y se arrancó la costra de cuatro meses y dos días con jabón lagarto y esparto, se cortó la barba con las tijeras del pescado, se puso el perfume que mamá le regaló en la Navidad del noventa y siete y la buscó para recordarle los antiguos amores que se profesaron.

Ella se llamaba Laura, y estuvo a punto de ser mi madre postiza. Pero entonces llegó la Covid-19 y nos encerraron. Con mi tía, que no había terminado aún de hacer las maletas y con un padre náufrago al que se le acababa de hundir el barco que lo rescataba.

Al poco de encerrarnos, a la tía Concha le llegó la primera carta. En una cuartilla rosa de papel pautado. La firmaba un tal Antonio Higuera, que decía ser de Mieres, que estudió Filología entre los años dos mil y dos mil tres y que decía recordar sus guisos cada vez que le tocaba comerse las bazofias que le cocinaba su mujer, que era muy guapa, por cierto, decía, pero que carecía de las habilidades a las que lo había acostumbrado la mama Concha en su pensión de León. La tía no recordaba a ningún Antonio de Mieres y le hubiera pedido una foto para refrescar la memoria, pero el sobre llegó sin remite y la tía tuvo que conformarse con imaginárselo, hasta que, al fin, le adjudicó los rasgos y las maneras de algún otro huésped, que a lo mejor era de Guardo, o de Boca de Huérgano, y estudiante de Teología o de Farmacia, pero que para ir reponiéndose de tantos años de silencio ya le iba bien. Tenía carta, y una cara para ponerle a aquellas letras indecisas, llena de tachones, con las que mi tía pareció resucitar.

La segunda carta le llegó una semana más tarde. De un huésped de Zamora. Este era abogado. La tía le puso la cara de un estudiante de Medina del Campo. Uno con pecas, con cara de hijo bueno y aplicado, que tartamudeaba en público y cuyo aire de desvalimiento tan bien le venía para sus pretensiones de madre.

Con papá fuera de la habitación, y sin poder salir a la calle por mor del bichito, la convivencia no fue fácil.

Mi tía Concha y su hermano guardaban en el corazón el recuerdo de litigios no resueltos, de cuando eran jóvenes y aún compartían espacio en la casa paterna. Mi padre tenía un sentido familiar utilitario y egoísta, según el cual, si en la familia no hay amor, que haya por lo menos vocación de servir. Y él no sentía ningún amor por su hermana. Cuando a mi tía se le murió el sargento, papá perdió cinco días de trabajo para acompañarla en el funeral y en las horas de duelo, le echó una mano con el trámite burocrático y le ofreció nuestra casa hasta que se repusiera de su desolación de viuda, pero ella declinó la invitación porque ya entonces había decidido apaciguarse la soledad con su proyecto de pensión para estudiantes. Papá aceptó con agrado la negativa y se volvió al pueblo, con la satisfacción de su deber familiar cumplido y con la tranquilidad de que, llegado el momento, podría esperar justa reciprocidad, como así fue cuando le pidió que viniese a cuidarnos durante su convalecencia emocional. Pero una vez resuelto el trámite ético, una vez restablecido del shock de haber perdido a mamá y no necesitar para nada la responsabilidad filial de su hermana, a papá le costó encontrársela en el pasillo y no lanzarle un gruñido de desprecio. Si coincidían en la cocina, papá dejaba lo que fuera que estuviese haciendo, guardaba los cuchillos, fregaba la tabla de cortar, y se echaba en su sillón a leer una novela que llevaba entre manos desde antes de que el viento se llevara a mamá, y si llegaba la hora de la teleserie de la sobremesa, sintonizaba un canal deportivo y le ocultaba el mando entre los cojines del sofá. Mi tía, sin embargo, no perdía la afabilidad, no sé si buscando la forma de agradar por fin a su hermano y hacerse un hueco amoroso en la familia y quedarse para siempre, una vez satisfecho su anhelo de maternidad en la crianza de nosotros, o porque en el fondo, era una mujer de naturaleza mansa y simple que lo único que quería era tener ocupada su mente en lo que fuera.

Qué decir de aquel encierro.

Como familia de orden, asumimos el cautiverio como algo necesario, consolados con la provisionalidad de la medida. Mirábamos el horizonte, para que el día a día fuese más llevadero, porque estancar los ojos en el hoy se nos hacía tedioso.

Papá guardó en la alacena, bajo llave, todos los utensilios afilados o acabados en punta e ideó un horario para que no estuviésemos demasiado tiempo más de dos

personas en la misma habitación. La tía se afanaba en cuidarnos, en darnos sobreprotección de madre, con ahínco; le limpiaba los mocos a los más pequeños y nos tenía en perfecto orden de revista las mudas y los vestidos, aunque la mayor parte del tiempo andábamos descalzos por la casa y con la misma ropa deportiva. Limpiaba dos veces al día el cuarto de baño, hacía las camas, le miraba a Asun la cabeza, por si los piojos, decía, guisaba platos de su tierra y hasta planchaba prendas que no se arrugaban nunca, de modo que colmaba su existencia con su capacidad de servicio, mientras juraba en falso arameo con acento leonés para aparentar que estaba hasta el moño y que un día iba a coger la puerta y que le dieran por culo al bicho de los cojones. Decía.

Mención aparte merece mi hermana Amanda, la mayor, que acababa de cumplir los quince y a la que se le despertó cierto instinto poético con la cosa del confinamiento. Ella no lo decía, pero se le notaba que echaba de menos a ese casi novio que pretendía mantener en secreto, de modo que se pasaba el día escribiendo endecasílabos amorosos muy bien medidos pero huérfanos y asociales. Le salían muy limpios y muy bien formados, sin que sobrase o faltase una sílaba, pero incapaces de relacionarse con otros para formar con ellos un terceto que se preciara de serlo. Mi padre, que había leído el libro de las cien mejores poesías de amor de la lengua castellana, le dijo que antes de parir endecasílabos desamparados debería parir alguna idea, pero Amanda aún estaba en ese momento de deslumbramiento juvenil en el que le valía más el fulgor de las palabras que lo que deja el fulgor cuando se deshace. Para compensar sus carencias se hizo socia de un club de poesía a distancia donde se intercambiaba endecasílabos solitarios con otros poetas menudos y ocasionales como ella, de manera que, sin hábito y sin oficio, logró componer un soneto frankenstein sin asonancias, pero al que se le notaban los costurones y las prótesis silábicas desde lejos.

Los demás asistíamos on-line a nuestras clases y pasábamos las horas muertas, por turnos, de dos en dos, tirados en el salón, viendo series de los noventa o dibujando siluetas de animales sin salirnos de la línea de puntos.

Después de salir al balcón a aplaudir, mi padre, que era más de Wagner que del Dúo Dinámico, nos metía a todos en el salón y pinchaba el disco de La cabalgata de las Valquirias. A todo volumen, para que lo oyesen los vecinos y supieran de su temperamento protestón y elitista. La tía Concha decía que le encantaba ir a contramano, que con tal de llevar la contraria hubiera puesto cualquier porquería, pero

que además era un poco esnob y no se conformaba con reivindicar, sino que encima tenía que invadir Polonia. Después dábamos cuenta de una cena rápida y cada cual se iba a su cuarto.

Mi tía se encerraba a releer las cartas de sus hijos-huéspedes. Ya le había llegado la tercera. Sobre cuartillas de color rosa, con la misma letra indecisa y llena de tachones que la primera. Y suspiraba y daba gracias porque la providencia le había traído cinco hijos a los que cuidar y el recuerdo de aquellos hijos lejanos que cuidó en sus tiempos de León.

Amanda recitaba en voz alta los endecasílabos que había ido componiendo a lo largo del día, contando con los dedos y enfatizando los hemistiquios.

Asun se dormía pronto. La pobre llevaba mal el tedio de las horas.

Papá le enviaba mensajes a Laura, y Laura le respondía, mostrándose ambos un amor telemático que, a juzgar por las sonrisas de papá, iba fraguando al calor de una distancia impuesta y de promesas que un día cumplirían. Alguna vez le sorprendí mirando a hurtadillas la foto de mamá —esa mujer menuda que voló aquel día que llovían paraguas—, pero esa costumbre fue decayendo con el paso del tiempo, hasta que la olvidó en su cartera.

Y yo, encendía el flexo de mi escritorio y, sobre una cuartilla rosa, concebía nombres de estudiantes, carreras y pueblos que no estuvieran demasiado distantes de León como para que mi tía sospechara que alguien estaba suplantando a sus huéspedes. O, lo que es peor: inventándolos.

Cuando terminaba la carta siempre me quedaba la sensación de un pozo vacío en el estómago, de una carencia, como si al mundo, a mi mundo, le faltasen respuestas. O le sobrasen preguntas. Y mi dolor siempre desembocaba en un mismo punto: mamá. Ya entonces sospechaba que el viento, aunque huracanado, rara vez tenía la suficiente fuerza como para levantar del suelo a una mujer menuda y llevársela más allá de las montañas del Atlas. Alguna vez había visto volar a una vaca en las películas de tornados, tractores inmensos que planeaban en círculos hasta caer con estrépito sobre la carretera, e incluso, granjas enteras deshechas con voracidad sobre los campos de heno hasta depositar sus tablas, desordenadas, en los terrenos vecinos. Pero en aquella ciudad del sur sólo soplaba el levante, un aire arisco y tenaz que vuelve locas a las personas, que arrasa sombrillas y sombreros y que ulula con fiereza de animal herido, pero no se sabe que nunca haya secuestrado a nadie. Salvo a mi madre. Y eso me inquietaba sobremanera.

La respuesta, sin embargo, no tardaría en llegar.

Un día nos dijeron que ya podíamos salir. No recuerdo bien si era martes o jueves. Sólo que era un día hermoso, con el cielo claro, una humedad relativa del aire de un cero por ciento y un viento de nueve kilómetros por hora. Ideal para dar un paseo, pero papá recibió una llamada telefónica de Laura, se encerró en su dormitorio durante veinte minutos y salió tirando de una maleta. Nos acarició la cabeza, uno a uno, y a Asun la tomó en brazos, la besó en una mejilla con un beso largo y sostenido y la depositó en el suelo. Luego miró a la tía Concha y se marchó, solo, en la misma dirección que tomaron el día que mamá salió volando. Amanda nos leyó un soneto muy bonito que le dedicaba a su novio secreto y tía Concha nos dijo venid, niños, que tengo algo que deciros, y nos indicó con la cabeza que la siguiéramos al salón. Nos sentó en torno a ella y yo la vi afligida por primera vez, sin disimulos. Había perdido su máscara de resistencia y parecía abatida, hundida en el sillón donde papá leía su novela infinita. Nos miraba, aunque no parecía vernos, balbuciendo, inútil de articular el mensaje que quería transmitirnos. Estaba a punto de llorar y me levanté. La rodeé con mi brazo, la traje hasta mi pecho y me volví a mis hermanos.

—Lo que mama Concha quiere decirnos es que a papá se lo ha llevado el viento —dije.

Y solté una lágrima seca sobre el mantel.